



Amadeo Modigliani, *Retrato de Anna Zborowska* 1918  
Óleo sobre lienzo, 55 x 35 cm, Galería Nacional de Arte  
Moderno, Roma

# Consuelo, el encierro por amor

Andrés Felipe Restrepo Palacio

[...] y mi tristeza durará con seguridad tanto como mi vida. Tú la harás feliz, esta vida llena de tanta tristeza. La dedico enteramente a ti.

Carta de Voltaire a Louise Denis, Cirey,  
23 de septiembre de 1749<sup>1</sup>

Con el poco cuidado que le permitía tener la tristeza de aquellos días, acomodaba unos cuantos libros en el piso de su habitación. Preparaba el escenario para el ritual que su conciencia le exigía. Pediría perdón por la concupiscencia que habitaba en sus emociones más secretas, aquellas a las cuales ni siquiera su padre, que parecía controlarlo todo, tenía acceso.

Una luz grisácea entraba por la puerta medio abierta. El piso de madera crujía con cada uno de sus pasos. Los libros se levantaban en montones, obedeciendo a un orden secreto que sólo ella entendía, pero al cual no le prestaba mayor atención porque lo realmente importante en ese momento era dejarse llevar por los impulsos que sentía y finalizar, de una vez por todas, su sufrimiento. Por fin estuvo listo el escenario. Entonces se arrodilló lentamente, unió una mano con la otra, cerró

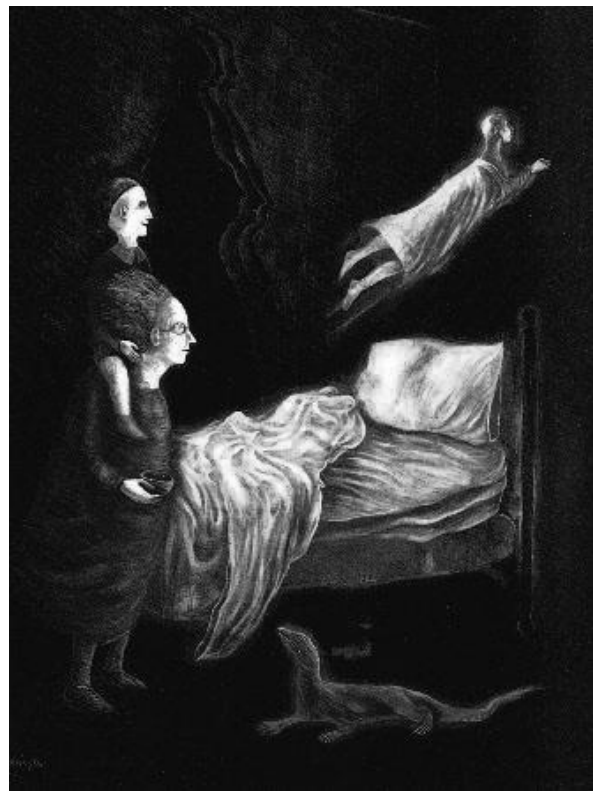
sus ojos y empezó a musitar secretos que aún perturbaban la paz familiar.

Genuflexa como estatua arrepentida, con las carnes trémulas por la resistencia que oponía al dolor en sus rodillas, fue descubierta por Esperanza, la hermana con quien compartía todo y nada. Habitación y temores, pero no la confianza necesaria para revelar los pasos secretos que daba fuera de casa. Eran las hijas mayores de una pareja de católicos que había llegado a Bogotá detrás de sueños de riqueza y prosperidad.

Esperanza estaba aterrada; la imagen le recordaba el misticismo y la desolación con los cuales había crecido, pero que evadía cuando le era posible, porque removía sus inseguridades más profundas. Por eso, quizás, no se detuvo en detalles y acudió a llamar a su madre. Paradas en el alféizar de la puerta, mientras contemplaban a la mujer absorta, ninguna de las dos imaginó que era el principio de una larga historia de padecimientos y vergüenzas.

Después de este episodio de enajenación, Consuelo no volvió a ser la misma. Se mantenía aislada, guardaba silencio la mayor parte del tiempo, un silencio que inquietaba al padre, pero que era más llevadero que los cuchicheos nocturnos o la posible revelación de las situaciones que habían detonado ese estado.

Un día, la desconfianza se apoderó de ella hasta tal punto que se armó de un cuchillo; en ese momento fue evidente que representaba un peligro para la familia. Prefería que no se le acercaran, y cuando se disgustaba esgrimía el arma. La transformación era sorprendente. Sin embargo, sus ojos aún tenían el brillo que los caracterizaba, sólo que ahora se perdían en el horizonte, como si tuvieran acceso a otro mundo destinado para unos y negado a los otros. Cuando ese mundo se cruzaba con el de



Leonora Carrington, Adelita Escapes, óleo sobre lienzo, 1987

los demás, se originaba un choque fuerte en el que solía sentirse perseguida y agredida, entonces sentía una necesidad imperiosa de reaccionar y enfrentar a quienes se atrevían a acercarse.

La casa se convirtió en un lugar de acceso restringido. Consuelo había iniciado una pugna, sus espacios no eran los mismos que habitaban los otros. Con sus pasos incansables, de un extremo a otro de la habitación, tomaba posesión territorial y daba una monotonía insoportable a los días en el hogar, marcaba como un reloj el paso del tiempo entre las paredes de la casa en Bogotá y, posteriormente, cuando su padre, Luis Eduardo, se jubiló y se trasladaron nuevamente a Medellín, acentuaron la ruptura familiar en la casona de Prado Centro. Desde esa época hasta el presente, Consuelo va y regresa, camina y camina en una suerte de expiación de sus culpas.

De un momento a otro, la mujer de buenas maneras se había convertido en un ser al que temían, una persona cercana, a quien la locura le desfiguraba el rostro de tal forma que era difícil reconocer en ella a la niña que creció rodeada de todos. Ahora, un profundo temor y la sensación de una pérdida, cercana a la muerte, los embargaban y los dividían. Era como un espejo roto que les mostraba crudamente la situación familiar, los peligros a los que estaban expuestas sus mentes, porque así como ella, cualquiera de los otros podía ser vulnerable a la demencia. Esperanza fue, quizás, la más afectada; no se sentía capaz de convivir con su hermana en ese estado, por eso planteó la posibilidad de ponerla en manos de especialistas y, si era el caso, hospitalizarla. Ante esta alternativa el padre dio un “no” rotundo que luego tendría que enmendar.

## Días de amor y culpa

Nadie sabe a ciencia cierta cuándo la locura empezó a estar presente en su vida. La única certeza que tienen sus familiares es que los sucesos que detonaron las primeras evidencias de la esquizofrenia ocurrieron en Bogotá. En un principio, la idea de mudarse la llenó de incertidumbres. Sin embargo, se acostumbró al ritmo agitado de la ciudad y al frío, que se convertía en la razón para usar la ropa de invierno con la cual se veía más elegante y formal. Una fotografía de la época la retrata parada en la carrera Séptima, con un abrigo claro que la cubre hasta las pantorrillas, zapatos de tacón mediano y cartera en el brazo derecho. Se ve frágil y angelical. Suspendida en el tiempo, vestida de damita pulcra, y ajena a los letreros de las tiendas que aparecen detrás, junto a la iglesia San Francisco, casi imperceptible, en el fondo, y a la agitación de la capital. Está puesta allí en medio de todo,

mirando al fotógrafo, posando sin ninguna pretensión.

Siempre se preocupó por su apariencia y por aprender las buenas maneras que una señorita decente debía emplear. Muy pocas veces usaba maquillaje, pero cuando lo hacía era tenue, tan sólo para resaltar su boca delgada y pulida, y la expresión de sus ojos, tan dulce como distante.

Le agradaba desenredar su larga cabellera en los ratos de ocio y luego recogerla en la parte posterior de la cabeza. Ponía todo su esmero en hacerlo bien, pasando una, dos y hasta tres veces el peine entre sus cabellos lacios y castaños. Pocos entendían el cambio que en ella ocurría al peinarse. La monotonía de esta actividad tranquilizaba su mente y le ayudaba a alejarse de la tensión que rondaba su cabeza.

Todos los cuidados que procuraba tener consigo eran una forma de tomar posesión de su autonomía, en muchas ocasiones arrebatada por los caprichos, las opiniones y las creencias de sus padres. Era bella, no cabía duda, y eso perturbaba aun más a Luis Eduardo, quien controlaba las horas de regreso a casa y las visitas de los amigos con la rigurosidad de un carcelero que se siente dueño del preso. Sin embargo, ella lo amaba. Se trataba de su padre, quien le daba todo y le quitaba todo, sumiéndola en un estado de dependencia atroz que la destruía mientras buscaba protegerla.

Nadie en casa era ajeno a los caprichos en los que incurría el padre por cuenta de su interés protector. “En el ambiente familiar había un temor hacia la figura paterna. Aunque mi padre era muy bondadoso, muy ocupado de su familia, fue un ser que por tener mucho temor quería protegernos tanto que no nos permitía a cada quien ser, sino que había una tendencia a imponernos normas con el objetivo de cuidarnos”, dice Esperanza mientras lo evoca casi treinta y nueve años después de los primeros delirios de su hermana.

Quizás el temor impulsó a Consuelo a mantener en secreto su noviazgo y a robarle tiempo a los estudios en el colegio anexo a la Universidad Pedagógica Nacional para encontrarse a escondidas con Alonso, su eterno amor, al que aún le canta durante los paseos cerca a la institución en la que está recluida, y de quien permanecerá embarazada por siempre.

## Referencia

1 Varios autores, Noventa y nueve cartas de amor, Barcelona, Random House Mondadori, 2007. pp. 275–276.

Andrés Felipe Restrepo Palacio. El fragmento aquí publicado fue extractado de su trabajo de grado para aspirar al título de periodista: Encerrados: historias desde una institución para dementes que obtuvo el primer puesto del Premio a la Investigación, 2008, área Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia. El trabajo contó con la asesoría del escritor y periodista César Alzate Vargas.